LA SED

por Alejandro Delgrado

autor de «GARRAS DE VISON»

Pre: Quien goza de la ofuscación de la crueldad por una ofuscación olfativa del inconsciente, cambia el olor de la sangre por el perfume del amor.

A las ocho menos cuarto en punto, como cada mañana, Alberto tanteó sus bolsillos para confirmar que todo estaba en orden. La documentación y el dinero en el interior de la chaquete, la pluma estilográfica y el abono del autobús en el pequeño bolsillo junto a la solapa izquierda. Dinero suelto, un pañuelo limpio y el llavero en los del pantalón, y el amuleto de madera en el diminuto bolsillo a la altura del cinturón.

Al salir del portal vio que un autobús de la línea cuarenta y dos se encontraba detenido en la parada, y echando a correr, a la vez que hacía señas con la mano al conductor, cruzó la calzada sorteando los automóviles que a aquellas horas de la mañana circulaban a gran velocidad; pero antes de que pudiera alcanzarlo subió el último pasajero y el autobús arrancó dejando una sucia estela de humo negro que a los pocos instantes comenzará diluirse e la gélida atmósfera de la mañana.

Murmurando una maldición, se apoyó en el poste metálico y se dispuso a esperar al menos diez minutos hasta que pasara el siguiente. El ambiente era fresco, y Alberto sabía que, si se le enfriaban los pies, no sería capaz de entrar en calor hasta cerca del mediodía, y la jornada de mañana en la oficina sería interminable.

Seguro de que tenía tiempo de llegar andando hasta la próxima parada, echó una ojeada hacia el final de la calle para cerciorarse de que , como en algunas ocasiones, y por desarreglos horarios, el siguiente autobús no venía pegado el primero, y emprendió la marcha volviendo de vez en cuando la cabeza.

En la otra parada había ya dos personas esperando y consideró oportuno no arriesgarse a caminar hasta la siguiente, más que nada temiendo que el vehículo ostentara el cartel de «completo» y pasara de largo.

Dirigió si vista entonces hacia la entrada de la calle Sande para comprobar que la furgoneta del Banco de Sangre continuaba estacionada entre el cine y los grandes almacenes, como si no se hubiera movido en los últimos dos meses, aunque era de suponer que por las noches se dirigiría al hospital para depositar en él su preciada carga de plasma, generosa cosecha de sangre que ofrecían los viandantes a requerimiento de ambulantes enfermeras.

A pesar de que Alberto transitaba con frecuencia por aquella zona de la ciudad, único centro comercial próximo a s domicilio, nunca había sentido la tentación de donar sangre, aunque en más de una ocasión se lo

había solicitado alguna de las sonrientes auxiliares sanitarias. Nunca hasta hacía una semana aproximadamente.

Cuando solía dirigirse a los grandes almacenes o a alguno e los comercios de aquel área, ponía gesto hosco y llevaba el «no» dispuesto a flor de labios por si alguna de la s enfermeras, como ya había sucedido, requería de él amablemente la ofrenda sanguínea, y lanzaba la negativa al rostro de la oven de forma destemplada, igual que se hace con un vendedor inoportuno o un comerciante insistente en exceso.

Hasta que, en cierta ocasión, reparó en la muchacha.

Se encontraba contemplando unos zapatos expuestos en un escaparate, cuando la vio reflejada en el cristal. Hablaba con dos jóvenes y con toda probabilidad solicitaba de ellos donación de sangre, pero al parecer no logró convencerlos, porque al rato se despidieron. Entonces la chica fijó su vista en él y fue acercándose mientras Alberto la contemplaba en el cristal, y cuando él ya casi sentía su aliento en la nuca y parecía dispuesta a hablar, la muchacha miró su rostro reflejado en la luna del escaparate, vaciló un momento, y dándose la vuelta, se alejó hacia un grupo de personas a las que interrumpió en su deambular para pedirles su generosa colaboración. No obstante, y mientras hablaba con aquellas gentes, volvió la cabeza una o dos veces en dirección a donde se encontraba Alberto.

Preguntándose el por qué de aquella reacción, cruzó el otro lado de la calle, y oculto entre los viandantes, la estuvo observando durante largo rato, y en ninguna ocasión vaciló al acercarse a otro transeúnte.

Su forma de caminar y el modo en que miraba a los ojos mientras sonreía solicitando la aportación sanguínea fue lo que más llamó la atención de Alberto. Si mientras contemplaba el escaparate ella le hubiera abordado en lugar de darse la vuelta, no habría rehusado colaborar, cosa que jamás se le había pasado antes por la imaginación. Quizás en el ocasión de alguna catástrofe o en una situación extrema habría sido de los primeros en ceder una cierta cantidad de sangre, pero sin ninguna motivación especial, en frío, el gesto le parecía una especie de mutilación voluntaria.

Estuvo contemplándola durante largo tiempo fascinado por su ir y venir, por la amabilidad con que recibía las negativas y por la sonrisa de agradecimiento dirigida a los que aceptaban escuchar los argumentos con que la Seguridad Social pretendía convencer al público de la necesidad de donar una mínima cantidad de plasma.

El número de personas que habiendo prestado atención a sus explicaciones rehusaba contribuir a la causa era muy escaso: algún hombre mayor, dos muchachas con aspectos de solteronas, una madre de familia con aire de mujer frustrada, una monja huidiza. El resto de los viandantes, tras escuchar alelados quién sabe qué tipo de razonamientos, se dejaban conducir suavemente hacia la gran furgoneta como ovejas que no ofrecen resistencia al ser llevadas al matadero.

Tomando con delicadeza por el codo a las personas mayores, pasando el brazo por el hombro de algún joven, o quitando con gesto familiar una mota de polvo de la solapa de algún caballero, les acompañaba hasta la portezuela del vehículo donde sanitarios vestidos con batas blancas se hacían cargo de los donantes.

Desde aquel día, Alberto deseó que la muchacha se dirigiera a él solicitando su colaboración, y muchas tardes se encaminaba hacia la zona comercial y daba vueltas procurando hacerse el encontradizo con ella, pero la joven parecía esquivarle, o al menos eso creía él, porque no era verosímil que tantas idas y venidas de una misma persona pasaran desapercibidas.

Alberto tenía la certeza de que durante alguno de aquellos paseos los dos se encontrarían frente a frente y ella no podrían eludir dirigirse a él y solicitar una voluntaria aportación sanguínea.

Ahora, mientras esperaba la llegada del autobús, contemplaba la furgoneta estacionada en la todavía semidesierta zona comercial. La puerta del vehículo permanecía cerrada, y alguien había retirado una escalerilla de madera con tres peldaños que facilitaba el acceso al interior. Las ventanillas, provistas de persianas venecianas, aparecían asimismo cerradas, y aunque nada permitía suponerlo, Alberto experimentó la sensación de que alguien le estaba contemplando desde el interior del coche.

Precisamente creía haber observado un movimiento furtivo detrás de una de las ventanillas, cuando hizo su aparición el autobús, y los componentes de la cola se removieron inquietos asegurándose la posesión de sus pequeños territorios. A los pocos instantes el vehículo se puso en marcha y Alberto vio desaparecer la furgoneta en lontananza. Sólo cuando el revisor le pidió que exhibiera el abono salió de su ensimismamiento.

Aquella misma tarde se dirigió hacia la zona comercial, y situándose detrás de un quiosco de periódicos, se dedicó a la observación de los movimientos de las enfermeras.

Entre todas sus compañeras destacaba la muchacha en cuestión, no solamente por hacer gala de un mayor dinamismo y de un superior poder de persuasión, sino por un especial atractivo que emanaba de toda su persona. Sin poseer una belleza clásica ni rasgos perfectos, su figura destacaba en el acto de entre la masa de viandantes y curiosos que circulaban perezosamente por aquella vía peatonal.

La muchacha tenía la tez pálida y el cabello castaño le rozaba los hombros meciéndose a cada movimiento de su cabeza. Sus ojos eran intensamente azules, y bajo una breve y recta nariz se dibujaba una boca cálida que sonreía continuamente sin que la permanencia e aquel gesto constituyera ningún rictus forzado. Seguramente a causa de aquella sonrisa se le habían formado unas leves arrugas junto a la comisura de los labios que otorgaban cierto carácter de formalidad a su rostro cuando permanecía seria, y realzaban el gesto de cordialidad cuando sonreía.

Después de haberla contemplado con placer, se mezcló con la masa de transeúntes, y en cierto momento en que se dirigía hacia ella para hacerse el encontradizo, otra de las enfermeras se le acercó, e interrumpiendo su marcha, se dispuso a solicitar su colaboración. En aquel mismo instante, como si hubiera estado sobre aviso, la muchacha se volvió, y mirando fijamente a su compañera pareció transmitirle un mensaje con un simple y fugaz parpadeo. Al instante la que le había abordado sonrió con cierta confusión y, musitando una excusa, se alejó en busca de otras personas

a quienes pedir su cooperación.
Alberto, intrigado por aquel gesto, dio unas cuantas vueltas por la calle contemplando los escaparates y al cabo de unos minutos regresó a la zona donde se encontraba la furgoneta. Avanzó resueltamente y llegó hasta la joven, que en aquel momento se encontraba sola. Mirándola fijamente a los ojos sonrió y se ofreció voluntariamente para la donación, pero, apenas había musitado dos palabras, cuando ella le interrumpió serena aunque tajantemente diciendo: «No, tú no».
Alberto se alejó confuso del lugar sin atreverse siguiera a preguntar el motivo de la negativa, pero sabiendo que la joven le acababa de hacer un gran favor, y no obstante obsesionado por aquel «tú no» se perdió entre la multitud avanzando cada vez más deprisa, hasta que, sin saber por qué echó a correr y advirtió que se encontraba aterrorizado, y que aquella carrera era una huida de algo terrible en cuyo poder había estado a punto de caer.
Cuando llegó a casa estaba sudoroso y el corazón le latía tan fuertemente como si estuviera en trance de desprendérsele del pecho. Subió las escaleras de dos en dos y una vez en el interior del piso echó el cerrojo con mano trémula y permaneció pegado a la puerta durante largo rato con el oído atento al menor ruido procedente de alguna de las habitaciones. Después, sigilosamente, encendió las luces y recorrió el apartamento con toda precaución, igual que se hace cuando un crujido sospechoso nos hace recelar la presencia de ladrones.
Durante los dos días siguientes sus ocupaciones le impidieron acercarse a la zona comercial, y casi llegó a olvidar aquel irracional pánico que le dominara de forma tan absurda como incomprensible, ya hasta elaboró una teoría para justificar ante sí mismo el hecho de no haber sido aceptado como donante de sangre.
Es posible –se decía– que las muchachas tuvieran a causa de su profesión un gran ojo clínico y en virtud de aquella facultad supieran con cierto margen de error, naturalmente, quién era apto y quién no para ofrecer plasma. Y aunque aquella conjetura pudiera resultar preocupante, o cuando menos ofensiva, su formulación no le inquietó lo más mínimo, puesto que lo único que en su fuero interno deseaba era buscar una explicación a un hecho, situar en su emplazamiento adecuado las piezas de un rompecabezas a fin de recuperar la tranquilidad perdida.

Al tercer día, se dio una vuelta por la zona y comprobó que todo continuaba en el mismo estado. Las enfermeras detenían a los viandantes, los cuales aceptaban o rechazaban colaborar en la empresa, según su humor o las dotes de persuasión de las chicas.
Situándose detrás del puesto de periódicos espió durante un buen rato las maniobras de captación de las muchachas prestando especial atención a la joven que le había rechazado, quien, con el simpático gesto que la caracterizaba, seleccionaba cuidadosamente a los paseantes y se aproximaba a ellos sonriente.
Alberto se dio cuenta de que, salvo muy raras excepciones, las jóvenes abordaban a personas que no iban acompañadas, y si acaso se dirigían a parejas lo hacían específicamente a uno de sus componentes sin prestar

atención al otro.
En aquel momento, la joven hablaba con una muchacha de unos diecisiete años que parecía escucharla interesada. Conversaron brevemente, y al cabo, la enfermera condujo con suavidad a su conquista hasta la puerta de la furgoneta y Alberto, interesado por saber qué tipo de argumentos empleaba la enfermera, se hizo el propósito de acercarse a la muchacha que acababa de ser seducida por tales razones y entablar conversación con ella tan pronto abandonara el vehículo.
Media hora más tarde continuaba con los ojos fijos en la puerta de la furgoneta, pero la joven no había vuelto a salir, o por lo menos él no la había visto. En ningún momento perdió de vista la portezuela del vehículo ni a la enfermera.
Cuando dieron las ocho, y los comercios comenzaron a echar el cierre, Alberto llegó a la conclusión de que por lo menos dos personas que habían sido conducidas a la furgoneta no habían vuelto a salir de ella, y sin saber por qué, un escalofrío recorrió su espina dorsal , y sintió un pánico semejante al que experimentara algunas noches atrás.
Se sorprendió al notar que el tránsito de personas había disminuido hasta casi desaparecer. Las enfermeras no se encontraban ya en la calle, y las luces de los escaparates debían de llevar mucho tiempo encendidas. Miró su reloj de pulsera admirándose de que estuvieran a punto de dar las diez de la noche. Le dolían los ojos, y cuando retiró la vista de la puerta de la furgoneta, que aparecía ya completamente clausurada, tuvo la certeza de que en su interior permanecían por lo menos dos personas: una muchacha y un hombre.
Incapaz de abandonar aquel lugar, permaneció durante mucho tiempo detrás del puesto de periódicos, y cuando en algún reloj cercano sonaron las campanadas que anunciaban una media, quizá la de las dos, algo pareció agitarse en el interior del vehículo, y a través de las persianas surgió un rayo de luz. A los pocos instantes una ambulancia hizo su aparición por la calle desierta y se estacionó a unos diez metros de la furgoneta justo en el límite de la zona peatonal.
Casi en el acto, dos sanitarios con batas blancas hicieron su aparición en la portezuela del vehículo de la Seguridad Social, y en aquel mismo instante, el chofer de la ambulancia descendió, y dirigiéndose a la parte trasera, abrió la puerta posterior. Los sanitarios, una vez que contemplaron la maniobra, volvieron a entrar y poco después salían transportando a alguien en una camilla. El cuerpo de aquella persona estaba completamente cubierto por una sábana, pero Alberto tuvo la seguridad de que se trataba de la jovencita a la que no había vuelto a ver.
Después de transportarla hasta al ambulancia, los sanitarios regresaron, y al poco hicieron de nuevo su aparición acarreando otro cuerpo, quizás otro cadáver. Alberto permaneció espantado contemplando el macabro espectáculo hasta que, urgido por un terror irracional salió de su escondite sin ser visto y amparándose en las sombras de la noche huyó calle abajo deteniéndose a unos doscientos metros para tomar aliento al abrigo de un portal.
Un taxi circulaba lentamente por la calzada, y aunque su domicilio se encontraba a menos de cinco minutos, le hizo una seña y el vehículo se detuvo. Precisamente en aquel momento cruzó a su lado la ambulancia,

que pausadamente descendió hasta la plaza que remataba la avenida y rodeó el monumento central alejándose a una velocidad moderada. Obedeciendo a un impulso momentáneo, Alberto, después de dar las buenas noches al taxista, le indicó: «Siga a esa ambulancia, por favor, pero no se acerque demasiado». Y se hundió en el asiento asustado por el eco de sus propias palabras.

Durante largo rato circularon detrás de la ambulancia a escasa velocidad, puesto que el vehículo de urgencias no parecía tener demasiada prisa en llegar a donde se dirigiese. Una vez incluso se detuvo en un semáforo en rojo y en ningún momento hizo sonar la sirena. Solamente el farolillo ámbar, girando hipnóticamente sobre el techo, denotaba que el vehículo se encontraba de servicio y ponía un punto de inquietud en la gélida atmósfera nocturna.

Tras abandonar el centro de la ciudad, se internaron en los barrios periféricos, y después de atravesar el cinturón de los sectores más superpoblados, el vehículo sanitario y el que ocupaba Alberto penetraron en una zona residencial.

Al llegar ante un oscuro edificio rodeado por un jardín cubierto por densa arboleda, la ambulancia se detuvo sólo el tiempo necesario para que alguien abriese al cancela metálica, y a continuación traspasó los límites del arbolado perdiéndose en la oscuridad. Tan sólo la luz giratoria color de miel permitía seguir su trayectoria a través del boscaje.

«Deténgase» –pidió Alberto al conductor, pero éste no pareció haberle oído y continuó impertérrito–. «Pare aquí» –pidió con un cierto temblor en la voz. El chofer, no obstante no se dignó siquiera volver al cabeza, y como si la orden no fuera dirigida a él encaminó el vehículo directamente hacia la cancela, que continuaba abierta. Y a pesar de sus protestas, el taxi, cruzando la entrada, se internó en un sendero de grava rodeado por una tupida vegetación y fue a detenerse a escasos metros de la ambulancia, la cual parecía estacionada ante la fachada principal del edificio.

Comprendiendo de súbito que acababa de caer en una trampa, se abalanzó hacia la portezuela al tiempo que los dos sanitarios que habían transportado las camillas se encaminaban hacia el taxi. No tuvo siquiera la oportunidad de poner pie en tierra, porque los dos corpulentos hombres le asieron por los brazos y levantándole en andas le condujeron hacia la puerta de la casa haciendo caso omiso de sus protestas y alaridos.

Cuando recobró el conocimiento experimentó un intenso dolor en la nuca, como si alguien le hubiera golpeado, y acto seguido llegaron hasta sus oídos una serie de gemidos lastimeros. Se incorporó en el lecho en el que yacía y aproximándose a la ventana pudo ver un conjunto de personas que se encontraban junto a una de las puertas laterales del edificio. Allí agrupados, se retorcían las manos y se mesaban los cabellos al tiempo que desconsoladoras quejas salían de sus labios.

En aquel momento se abrió la puerta y entraron dos hombres provistos de batas blancas, pero su aspecto no era brutal como el de quienes le habían conducido al interior del edificio, sino que, por le contrario, tenían el aire de personas cultivadas. No obstante en alguna parte de su rostro, no logró descubrir dónde, había una marca de maldad.

–Lamentamos esta estúpida confusión –dijo el que parecía de más edad–. Así que no pertenece usted a la policía ni a ningún tipo de servicio secreto.
Alberto permaneció perplejo. No había duda de que su actuación hubiera hecho recelar a cualquier delincuente que se encontrara avisado Así pues, estaba entre personas que de algún modo infringían la ley, lo cual no resultaba tranquilizador en absoluto.
–Comprenderá –continuó diciendo el que le había dirigido la palabra– que no ha obrado de manera sensata al inmiscuirse en asuntos que no son de su incumbencia. Su curiosidad le ha perdido, mi querido amigo.
–Cierto –corroboró el segundo. Alberto optó por guardar silencio y obtener así la exigua ventaja que podía desprenderse de cuanta información le fuera voluntaria o inadvertidamente dada.
–ero debe saber que alguien más ha contribuido a su perdición –manifestó el primero de los doctores o lo que fuese.
–Desde luego –aprobó el segundo, que parecía limitarse a confirmar las palabras de quien asemejaba ser su superior.
–Pase, señorita –dijo el más anciano volviendo la cabeza hacia la puerta, que permanecía abierta. Y la muchacha que había rechazado su colaboración junto a la furgoneta entró en la habitación.
Su aspecto era lamentable. Parecía haber envejecido diez años. Su rostro, antes tan sereno, estaba ahora cruzado por un rictus de amargura, y un ligero temblor contraía la parte izquierda de su boca. Mantenía las manos a su espalda y sin duda alguna las retorcía con desesperación, porque la parte visible de sus brazos no cesaba de estremecerse. No obstante todo lo cual, no parecía haber sufrido ningún tipo de violencia física.
–Aquí la tiene –dijo el primero de los doctores dirigiéndose a Alberto–. Y se preguntará usted el por qué de tan descortés rechazo.
–Obviamente –adujo el segundo.
–Pero antes de conocer los motivos observe cuáles han sido las consecuencias –y tomando bruscamente los brazos de la joven, la forzó a mostrar las palmas de las manos. Alberto creyó morir al contemplar aquella masa sanguinolenta y deshecha.
–¿Qué le han hecho? –exclamó horrorizado.
–Nada en absoluto –repuso el que parecía tener más categoría.
–Exacto. Nos hemos limitado a no hacerle nada –explicó el segundo personaje atreviéndose por fin a emitir una opinión propia.
–Ha devorado sus propias manos –manifestó el que llevaba la voz cantante.
–¿Por qué? –gritó el prisionero fuera de sí.
–Porque en castigo a su generosidad la hemos privado de lo que necesita. Parece ser que le ama a usted –añadió, y los dos hombres ataviados con batas prorrumpieron en carcajadas–. Pues bien –continuó–, a fin de que ese cariño no se apague sino que su sed de amar se haga mayor, vamos a mantenerla algún tiempo en cautividad alejada de usted, y después dejaremos que permanezcan juntos un ratito, el tiempo justo para que ella se sacie de su amor.
Al oír estas últimas palabras, la joven prorrumpió en alaridos e intentó llevarse las manos a la boca, pero los doctores la sujetaron con fuerza

empujándola fuera de la habitación al tiempo que ellos también salían. Después se oyó el ruido de una llave en la cerradura y Alberto se quedó solo.

Apenas las tres personas abandonaron la habitación se abalanzó contra la puerta y agitó el picaporte violentamente, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles, por lo que se derrumbó sobre la cama. La luz de la luna, tamizada por la cancela que aherrojaba la ventana, cayó desoladoramente sobre su rostro.

Durante la noche se sumió en un pesado sopor del que despertó una o dos veces comprobando que el coro de gemidos procedentes del jardín había cesado. Y cuando ya apuntaba la luz del día, se levantó y tomando uno de los barrotes que sostenían el somier, se apostó tras la puerta en espera de que alguien hiciera su aparición.

En efecto, al filo de las siete y media se oyeron pasos en el corredor y todos sus músculos se tensaron. El que se disponía a entrar introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar. A continuación se abrió la puerta y Alberto descargó un golpe fortísimo sobre un hombre que portaba una bandeja. La taza y la cafetera rodaron por los suelos con tal estrépito que alguien tenía que haber oído el estruendo, pero pasaron los minutos y nadie más acudió.

La contundencia del golpe había sido tan grande que el encargado de traerle el desayuno yacía sobre un gran charco de sangre. Alberto pensó que estaba muerto, pero poco después movió levemente los dedos de su mano izquierda y torció la cabeza mirándole con ojos extraviados. A continuación fijó la vista en el suelo, y ante el horror de su agresor, el moribundo se inclinó hacia el charco sobre el que estaba tendido y sacando su lengua comenzó a lamer con avidez su propia sangre. Poco después todos sus movimientos cesaron definitivamente.

El corredor se encontraba desierto, y cubriéndose con la bata blanca de su víctima, Alberto caminó por él teniendo que dominarse para no emprender una loca carrera que seguramente le hubiera conducido directamente a las manos de sus secuestradores. Pegado a la pared, anduvo un trecho buscando una salida. Todas las ventanas eran altas y estaban provistas de rejas. De súbito llegó hasta él un coro de apagados gemidos, y al doblar una esquina se encontró de manos a boca con un grupo de personas en tan lamentable estado como aquel al que había quedado reducida la enfermera. Permaneció petrificado un momento a causa de la sorpresa y contempló los desordenados cabelles y los descompuestos rostros de aquellos desesperados.

De pronto, uno de ellos descubrió su presencia, y Alberto se consideró perdido pero ninguno gritó dando la alarma ni llamando la atención, sino que los gemidos se hicieron más intensos y el grupo entero se dirigió lentamente hacia él en ademán suplicante. Ojos desorbitados y cercados por violáceas ojeras le miraron implorantes; bocas trémulas le llamaron «doctor» al tiempo que lanzaban quejidos de amargura; manos que exploraban el espacio entre el grupo y él se adelantaron anhelantes.

Antes de que ninguno de aquellos desgraciados seres llegara a alcanzarle, retrocedió unos pasos, y sin pensar que dentro podía esperarle su definitiva perdición, abrió una de las puertas que daban al pasillo y penetró en una habitación en penumbra echando a continuación

el pestillo. Cuando sus ojos se acostumbraron a aquella semioscuridad rojiza, pudo ver que las paredes estaban cubierta de anaqueles que contenían cientos de frascos en los que reposaba un líquido. Un acondicionador de aire dejaba oír su monótono zumbido y reducía la temperatura ambiental a pocos grados por encima de cero. En aquel momento se abrió una puerta y dos hombres con batas blancas penetraron en la estancia. Alberto apenas tuvo tiempo de esconderse tras uno de los muebles.

Al abrir la puerta de comunicación con el corredor, aumentó la intensidad de los lamentos de aquel extraño grupo, y los dos hombres, sin prestar demasiada atención a los que de aquel modo se quejaban, los apartaron a empujones y les ordenaron que volvieran a formar la cola que habían deshecho cuando se aproximaron a Alberto.

A través de la otro salida accedió a un pequeño cuatro del que partía una escalera de caracol que le condujo hasta lo que debía de ser un piso subterráneo, a juzgar por el número de peldaños descendidos. La escalera terminaba abruptamente ante una puerta metálica que Alberto abrió sin que ofreciera la menor resistencia. Los extraños habitantes de aquella casa estaban muy seguros de su impunidad, o quizá tenían la certeza de que nadie podría abandonarla sin su conocimiento.

El gigantesco sótano tenía todas las características de una gran sala de hospital o de inmenso dormitorio colectivo. A partir de un pasillo central, se extendían hasta los lejanos confines de la estancia dos filas de literas de tres pisos cada una y en todas aquellas camas reposaba un cuerpo.

Aproximándose a uno de los lechos para contemplar con mayor nitidez lo que la escasísima luz ambiental apenas permitía, Alberto advirtió con horror que todos los pacientes, si de esa forma pudiera ser denominados, tenían varias sondas clavadas en diferentes partes de sus cuerpos. Una de ellas parecía suministrar alguna sustancia alimenticia, otras recogían sustancias de deshecho, y la última extraía lenta, pero continuamente, un hililllo de sangre del brazo de cada uno de los que yacían allí.

Entonces comprendió que entre los cientos de cuerpos debía de encontrarse el de la jovencita a la que había visto sacar en camilla de la furgoneta. Aquello era un terrorífico banco de sangre, y los desgraciados e inconscientes seres, almacenados igual que gallinas en sus jaulas, habían sido reducidos al papel de cuerpos aletargados suministradores de plasma, el cual, unido al que la extraña organización obtenía por el sistema de la inocente furgoneta, debía de estar almacenando en la habitación que atravesara antes de bajar al sótano.

¿Quiénes era aquellos seres en tan lamentable estado que se habían aproximado a él en el corredor con gesto suplicante? ¿Qué necesidad les había dejado reducidos a aquella triste situación? ¿Par qué todo aquel montaje de matices vampíricos?

Ninguna de aquellas preguntas era coherente en semejantes momentos y Alberto comprendió que, si acaso hallaba la respuesta, esto no haría sino complicar la situación y restarle energías para intentar escapar de tan alucinante mundo de pesadilla.

Abandonando la gran sala por otra puerta, que se encontraba practicada en la pared del fondo, accedió a otra escalera que parecía conducir a subterráneos más profundos. Y deseando subir en vez de bajar,

retrocedió sobre sus pasos, y sin percatarse que desde detrás de las literas algunos ojos enrojecidos por la luz ambientas espiaban con calma sus movimientos, llegó de nuevo al corredor donde ya no había huellas del grupo de seres suplicantes.

Dejó atrás la habitación en la que había permanecido encerrado y explorando en la otra dirección, se decidió a entrar en un cuarto cuya puerta estaba entreabierta, y cuando ya se encontraba en el interior, a medio camino de la enrejada ventana, oyó un crujido a sus espaldas y una voz ronca dijo: «Yo te quise salvar».

Volviéndose repentinamente vio que, apoyada en la puerta que acababa de cerrar, se hallaba la muchacha que rehusara su colaboración junto a la furgoneta. Su aspecto era más tranquilo y sosegado, y alguien había vendado sus manos hasta la altura de las muñecas. Avanzando lentamente hacia él, fijó sus ojos en el rostro de Alberto y continuó musitando: «Yo te quise salvar…»

Este permaneció inmóvil ante la repentina aparición, y tras unos instantes de sorpresa suplicó la ayuda de la joven para escapar de aquel lugar. «Dentro de muy poco estaremos fuera» –repuso ella–. «Búscame entonces», y siguió acercándose, y cuando ya se encontraba a escasos centímetros de distancia aproximó su rostro al de él y pareció que iba a besarle en los labios, pero apoyando sus vendadas manos sobe los hombros de Alberto, rozó ligeramente su boca y, descendiendo, hundió su cabeza en el cuello del aterrado prisionero. Acto seguido éste experimentó un dolor agudísimo y notó que unos dientes puntiagudos penetraban en su carne. La enfermera quedó prendida de la garganta de la víctima y sació su des de sangre absorbiendo con fruición la de Alberto.

Como ocurría algunas mañanas, el autobús se retrasaba, y para no quedarse frió esperando, caminó hasta la próxima parada.

Mientras aguardaba su llegada, contempló la furgoneta del banco de sangre de la Seguridad Social y durante una décima de segundo experimentó una extraña sensación, pero acto seguido sus pensamientos volaron hacia las tareas de la oficina. Hoy era lunes, y además del trabajo propio le tocaría realizar parte del de algún compañero que excusaría su asistencia debido a enfermedad. Todos los lunes el catarro hacía estragos.

Al entrar en la oficina saludó a sus compañeros y sentándose en su mesa comenzó a ocuparse de los expedientes sin volver a pensar en otra cosa. Aunque lo intentó no pudo recordar algo que tenía que hacer una vez terminada la jornada laboral.

Y cuando vistiendo ya la bata blanca solicitaba entre los viandantes, como cada tarde, una aportación al banco de sangre, tuvo la sensación de que acaso había olvidado verse con alguien. Y desde entonces, cada vez que se dirigía a una muchacha rogando su colaboración en tan generosa empresa, su rostro le recordaba el de otra persona, pero nunca supo de quién.

«Qué más da» –reflexionaba–. «Lo importante ahora es conseguir que entren en la furgoneta cuantos más mejor. Porque ya estoy sintiendo otra vez esa sed insoportable».